



***CONFERENCIA DE FELIPE GONZÁLEZ
FUNDACION BERTELSMAN***

"REFLEXIONES SOBRE MI PROPIO PAIS"

Munich, 8 Diciembre 1996

Muchas gracias. Buenos días señoras y señores. Yo quiero decirles muchas cosas en esta mañana y no quiero hacerlo como es habitual en nuestra raza, en la de los políticos, con un discurso enlatado. Quiero decirles las cosas como las pienso y, me atrevería a decir, como las siento. Empezando por dar las gracias a Hans Dietrich con el que me une muchas cosas; tenemos también algunas diferencias, no que yo sea socialdemócrata y él liberal. La diferencia más importante que tenemos, en este momento, es que él abandonó el poder voluntariamente y a mí me abandonó el poder. Pero estamos los dos en esa buena condición de ex Excelencia. Hemos compartido momentos muy importantes en la construcción y en el cambio de Europa y del mundo.

Tengo imágenes muy precisas de Hans Dietrich, les contaré dos, una incluso como imagen y espero que él no lo considere una infidencia. Estábamos en una reunión en la segunda mitad de los 80, de la OTAN, Hans Dietrich prudente y tenaz, no sé en qué dosis colocarlo, pero prudente y tenaz al mismo tiempo, estaba como era lógico en aquella época, con Gorbachov, en una política muy avanzada, en contra de la modernización de los misiles de corto alcance; aquellos que como recordarán sólo podían servir para matar alemanes. Pero los planes de la OTAN venían de lejos y algunos líderes o algunas líderes insistían en que había que modernizar los misiles de corto y después de una discusión dura, severa, la imagen que retengo en la memoria de Hans Dietrich, es la de un dirigente político que ya creía que había dicho todo lo que tenía que decir y que ante la insistencia de una líder conocida y respetada entre todos nosotros, ante la insistencia en la modernización de los misiles, desplegab un gran periódico alemán casi en el rostro de la líder, para decir: "ya no discutimos más". Tenacidad y prudencia que obviamente dieron resultado; no sólo no se modernizaron sino que desaparecieron afortunadamente los



misiles de corto.

Y la otra, la otra imagen que tengo, sólo voy a relatarla por encima porque todavía es pronto para hablar de todo lo que pasó dentro. Fue la de un Consejo Extraordinario días después de la caída del muro de Berlín, Consejo Europeo Extraordinario, y el Consejo Ordinario de Estrasburgo. Les aseguro que no fue fácil, no fue fácil el Consejo, porque todos teníamos clara la teoría, todos; venía de atrás, incluso había mucha documentación, pero una cosa era tener clara la teoría y otra tener que ponerla en práctica, que no era exactamente lo mismo, bueno, fueron momentos muy difíciles. Yo debo decirles que los viví con serenidad, pero ¡por qué no! decirles que también los viví con una gran pasión desde el punto de vista personal, incluso desde el punto de vista intelectual.

Yo no puedo olvidar la imagen de ciudadanos con picos o con martillos destruyendo un muro. Y no puedo dejar de reconocer que ninguno de nosotros estaba en condiciones de prever ese curso exacto de los acontecimientos que nos sorprendió a todos, pero una vez recibida la sorpresa de un pueblo protagonista de su historia más allá de las previsiones que podamos hacer los políticos, una vez vista esa escena, yo tenía la profunda convicción de que en ese momento estaba cambiando la historia de Alemania, la historia de Europa y la historia del Mundo. Y creía que estaba cambiando para mejor, en la buena dirección; por eso esa misma noche llamé a Willy Brant con el que me unía una gran amistad, y a Helmut Kohl, con el que me unía y me une una gran amistad, por tanto no era la barrera ideológica la que configuraba la proximidad desde el punto de vista de la amistad sino que era algo diferente, algo que probablemente, y por eso decía, mi diferencia con Hans, no es probablemente la de que él sea liberal y yo sea socialdemócrata, la diferencia es que él abandonó el poder y a mí me abandonó el poder.

Quiero sobre todo significar con esto que uno llega a descubrir algo importante en esta tarea política y es que al final se encuentra sobre todo con la condición humana, sobre todo, más allá de las ideas. Yo además no sólo no he sido nunca antiliberal, aunque me asustan algunas formulaciones fundamentalistas de hoy, sino que admiré mucho a Indalecio Prieto, un gran líder de mi partido que en el año 22, 1922, cuando



estábamos en aquella pelea después del triunfo de la revolución de octubre que dividió al movimiento de la izquierda, al movimiento obrero de la época, entre una y otra internacional. Indalecio Prieto hizo una muy buena definición de sí mismo. Decía: "Soy socialista a fuer de liberal". Ya saben que liberal es un concepto que se origina, que tiene su origen en mi propia tierra, en mi propia patria y que pasa de ser un concepto que define un talante, a ser un concepto político, y ese concepto político, en la España del XIX, después se extiende por toda Europa y por todo el mundo, significaba o definía a aquellos que rechazaban el absolutismo, aquellos que creían en los valores de la Ilustración. En esa definición de liberal, de la mejor tradición de liberal, sitúo yo siempre a Hans Dietrich. Su personalidad ha sido una gran personalidad en Europa y la construcción europea le debe mucho a Hans.

Yo le agradezco sus palabras, y quiero hoy hacerles una confesión que es casi personal. Cuando oigo amables palabras respecto de lo que he hecho políticamente, o de lo que estoy haciendo, me encuentro un poco extraño porque me parece que no se refieren exactamente a mí. Les diré porqué. Llevo muchos años haciendo política, muchos, 30 o más de 30 años haciendo esta tarea, y sin embargo siempre he vivido con un pie en el estribo, es decir, siempre he tenido la tentación de apearme de este tranvía de la política, ya lo hice en el año 77, digo 77, antes no tuve esa tentación, porque antes luchábamos contra una dictadura, también tuve esa tentación en el 89. Entonces tengo una cierta dificultad en imaginarme reflejado sólo a través o exclusivamente a través de la tarea política.

Yo nací y viví durante 33 años bajo una dictadura, no tuve oportunidad ni siquiera de ejercer el derecho de voto. Y siendo muy joven, quizás por una revuelta moral empecé la tarea política frente a la dictadura. Mi familia tiene un origen humilde y el barrio donde vivíamos era seguramente un condicionante típico respecto de mi actitud política. Estaba contra la dictadura y al mismo tiempo no me gustaba una alternativa como la que proponían los comunistas a cuyos militantes respeté por su resistencia o su lucha contra la dictadura.

El espacio que me quedaba era el espacio de la social-democracia, del socialismo democrático, con el que me identificaba



por su aspiración a la libertad y por su dimensión de justicia social. Todos somos hijos de nuestras circunstancias, y el barrio en el que yo vivía era un barrio curioso de la periferia de mi ciudad natal, Sevilla, en el que fundamentalmente la composición era de trabajadores, pero había un impacto especial de un grupo de hombres que salían de cumplir penas de prisión, de lo que llamábamos, entre nosotros, “el canal de los presos” que pasaba cerca de ese barrio, oficialmente, se llamaba el “canal del bajo Guadalquivir”. Allí redimían penas haciendo el trabajo de la construcción del canal y cuando terminaban de cumplir sus penas, no volvían a sus pueblos de origen, era muy incómodo en la dictadura volver al pueblo de origen, y se quedaban en ese barrio. Creaban un impacto ambiental en el barrio, personas que eran socialistas, anarquistas, comunistas, etc... , creaban un impacto en el barrio que seguramente nos condicionó a todos.

Me presenta Hans como una persona moderada, y es verdad, siempre he sido moderado y también he sido intelectualmente relativista. No he creído nunca poseer toda la verdad, estoy dispuesto a buscarla en los demás y con los demás. He admirado a alguna gente importante en mi vida, incluso diría que en mi formación, alguien como Ramón Rubial, presidente de mi partido, con 90 años. Este hombre pasó más de 20 años en la cárcel y cuando los periodistas le preguntaban al principio de la transición democrática, -momentos en que cada uno de nosotros trataba de exhibir un *pedigrí* de luchador por las libertades para hacerse un espacio en la política-, por sus 20 años de prisión, contestaba lacónicamente: “Sí, es verdad, pero no tiene ningún mérito; no estuve ni un solo día voluntariamente”. Esto definía su talante profundo, pero aún más lo definía el hecho de que nunca reclamó nada, nunca fue vindicativo, siempre aceptó la historia tal como era, pese a que para él hubiera sido tan costosa y tan dura.

Y, como se habló de Václav Havel, no puedo salir de esta especie de anecdótico que me sirve a modo de presentación personal de algo que casi nunca se recuerda, -se recuerda más bien la tarea en el gobierno y la tarea en Europa-; algo que me pasó con Václav Havel, hace unos años, cuando en Praga se discutía aquella ley de depuración de responsabilidades, que como suele ocurrir en los procesos de cambio de la dictadura a la democracia, a veces se convierte en una especie de subasta, el debate parlamentario, a ver quién pide más quedando mejor como más



exigente. Y el entonces Presidente del Parlamento que había pasado ya por una fuerte depuración en la Primavera de Praga, de acuerdo con esa Ley también estaría afectado por la exigencia de responsabilidades. Se daba esa situación paradójica que a un demócrata y humanista como Václav Havel, le producía turbación, le producía inquietud, no se sentía tranquilo con el curso de los acontecimientos. Y tomando una cerveza en un pequeño bar en Bratislava, -por lo tanto estoy hablando de antes, no después de que fueran dos países-, me preguntó que cómo había sido la transición en España porque estaba preocupado por el debate en Checoslovaquia. Yo le conté una anécdota que me pareció más reveladora que un larguísimo discurso o una gran explicación. Le dije: "Un mes después de llegar al gobierno, en diciembre del 82, viajé a mi tierra natal, a Sevilla, y cuando me bajé del avión, en la escalerilla del avión me esperaba un comisario de policía, un responsable de la seguridad, que se puso a mis órdenes y me dijo que él se ocuparía de mi seguridad durante el tiempo en que estuviera en Sevilla. Yo le di la mano cortésmente y lo saludé por su nombre, con lo cual él reaccionó demudándose de color, me dijo: "Pero cómo ¿me conoce usted?" . Dije: "Sí, sí, sí, claro que lo conozco, usted fue quien me detuvo en el año 74 y me interrogó", con lo cual volvió a ponerse todavía más pálido; y yo le dije: "No, no se preocupe usted, simplemente lo recuerdo y lo conozco, usted cumple con su obligación; está bien". Le conté esta anécdota a Václav Havel, para que pudiera explicarse claramente lo que era, lo que había sido, con sus beneficios y sus costes, el cambio de régimen en España, la transición de la dictadura a la democracia. Créanme que me lo agradeció más que el largo discurso con que les voy a molestar ahora a ustedes a lo largo de la mañana, porque lo entendió muy bien; entendió el sentido profundo de ese esfuerzo por superar una historia dura, pesada, superarla sin olvidarla.

Cuando les digo que soy, naturalmente, hijo de las circunstancias que he vivido y 33 años en una dictadura no es poca cosa, como consecuencia de una guerra civil, que en parte fue el prelude del enfrentamiento ideológico de Europa y por extensión del mundo. Pues es verdad que eso lo condiciona a uno vitalmente. Afortunadamente, nunca me llevó a ninguna actitud que pudiera ser autoritaria como respuesta al autoritarismo, ni vindicativa con la historia de mi propio país, sino lo contrario, tanto en el momento en que empezó la transición en España o



cuando empezó a producirse el cambio político y en el momento en que asumí la responsabilidad del Gobierno, para mí fue prioritaria la consolidación de un sistema democrático, es decir, de un sistema de convivencia libre y pacífica detrás del que estábamos durante una buena parte del Siglo XIX y desde luego lo que había transcurrido del siglo XX.

El gran artífice de la negociación de esa primera fase de la democracia fue el presidente Adolfo Suárez y el gran moderador de todo el proceso fue el Rey. Quizás tenga más valor que se diga desde lo que ha sido una convicción y una historia personal republicana, que el que se diga desde una convicción monárquica. Pues bien, con ese gran artífice de la negociación de la transición que fue Adolfo Suárez, siempre pusimos por delante de los intereses de partido la autocontención necesaria para encontrar un espacio común en el que asentar las libertades, la convivencia en paz de nuestro pueblo.

Siempre nos guió la idea durante todo ese proceso que para mí se ha convertido en algo constitutivo desde el punto de vista del carácter, de que había que sustituir aquel viejo enfrentamiento entre enemigos a los que habría que liquidar -cuando había distancia política- había que sustituir ese viejo enfrentamiento, por la aceptación de que en política hay adversarios a los que uno puede ganar democráticamente pero que no hay ni que excluir ni que liquidar del panorama político. Ese gran avance civilizatorio fue el primer objetivo de la democracia pero, créanme, también fue el primer objetivo de mi Gobierno. Del Gobierno que presidí a partir de diciembre de 1982 y perdóneme que insista en esa idea, la consolidación de la democracia que estuvo un año y medio antes amenazada por un intento de golpe de Estado, para mí tenía tanta importancia que cualquiera de las cosas que hemos hecho en ese largo período podrían ser consideradas prescindibles si hubieran puesto en riesgo la consolidación de la convivencia libre y pacífica en mi país. Lo demás tiene sin duda importancia, pero mucho menos importancia en mi consideración de las prioridades. Llegamos en el 82 al Gobierno con una idea de lo que queríamos para España.

Ideas que la realidad nos mostró a veces difíciles de llevar a la práctica pero ideas en las que insistimos con tenacidad a lo largo de años y



creo que viendo la España actual 14 años después de aquel momento, se puede juzgar el grado de avance en esas orientaciones con absoluta objetividad aunque, como saben bien, en política algunos dicen que es difícil predecir el futuro pero es también difícil predecir el pasado porque cada vez que llega un nuevo Gobierno parece que el pasado no existe. Pero en fin, sí existe aunque se tenga una cierta resistencia a reconocerlo; no, no sonrían porque eso donde más claramente se ha puesto de manifiesto ha sido en los 70 años de historia de la unión Soviética tantas veces reescrita, tantos personajes desaparecidos según convenía al nuevo autócrata que gobernaba los destinos de la Unión Soviética; por lo tanto, no crean que es fácil predecir el pasado, es casi tan difícil como el futuro.

¿Qué queríamos con nuestro país? Queríamos modernizar España, queríamos superar la crisis económica y sentar las bases del estado del bienestar, y queríamos un tercer objetivo que era descentralizar el Estado sin perder la cohesión del conjunto de España. Muchas veces nos ha servido de guía la experiencia de Alemania; quizás no ser vecinos plantea algunas ventajas pero queríamos como tercer objetivo, cumplir con un mandato constitucional y con una gran aspiración histórica descentralizando el poder político, reconociendo hechos diferenciales como por ejemplo la existencia de cuatro lenguas diferenciadas, pero, al mismo tiempo, mantener la cohesión del conjunto. Y queríamos, en cuarto lugar, o en quinto si se considera la consolidación democrática como el primer objetivo que lo impregna todo, en quinto lugar diría entonces, queríamos -lo ha referido Hans Dietrich en su intervención- romper las barreras del aislamiento secular de España. Por lo tanto teníamos la orientación clara; se podría decir rememorando a Charles De Gaulle, que en 7 minutos uno podría decía hacia dónde quería caminar. Era verdad que él decía: "Lo que no se explica en 7 minutos ya no es explicable", era un poco exagerado, pero en fin; modernizar, superar la crisis, sentar las bases de una sociedad más justa desde el punto de vista social, descentralizar el Estado respondiendo a necesidades históricas de articulación de pueblos con personalidades distintas que componen España, romper la barrera del aislamiento. Fundamentalmente la barrera del Pirineo, la que nos separaba de Europa y del proceso de construcción europea pero también el aislamiento a nivel internacional en Las dimensiones que sentíamos más próximas por historia o cultura como América Latina o por geografía y

también por historia como el Mediterráneo.

Dentro de esos objetivos hemos hecho un esfuerzo permanente. Es verdad que me hacía ilusión pensar que cuando llegáramos al Gobierno iba a cambiar la situación económica de tal manera que íbamos a cumplir un compromiso de creación de 800.000 puestos de trabajo en el primer mandato. Pero nos encontramos con una crisis económica, todavía la consecuencia de la crisis del petróleo de la mitad de los 70, con la etapa de transición democrática en la que la prioridad era política y era comprensible que fuera política, por tanto, no se había enfrentado con rigor la crisis económica y nos encontramos con que no sólo no pudimos cumplir con eso sino que se destruyeron 300.000 puestos de trabajo más hasta que logramos superar esa crisis económica en el año 85, es decir, 3 años después de la llegada al Gobierno. Realidad con la que se enfrenta uno sobre todo cuando no se tiene lógicamente una experiencia política, veníamos de una prolongada dictadura.

Pero nos empeñamos en el esfuerzo de modernización de nuestro país incluso dentro de esa economía en crisis y la modernización tenía dos direcciones fundamentales. Una, la liberalización de nuestra economía; era también un mecanismo de ruptura del aislamiento, una economía súper-protegida, una economía en profunda crisis no sólo por la crisis que había pasado el resto de Europa con el shock del petróleo sino la crisis de una economía no adaptada por el exceso de protección y también un país con un retraso relativo desde el punto de vista de su capital físico, de sus infraestructuras. Quizás por el hecho de que lo que llaman "clase política" o "clase dirigente" en España nunca habían tenido una gran confianza o una suficiente confianza en la capacidad de nuestro propio país para salir adelante. Por lo tanto, lo que se había hecho en otros países de Europa incluso lo que se había hecho en algunos sistemas autoritarios es invertir en mejorar la infraestructura en el capital físico, en España llevaba un enorme retraso.

Y hemos hecho un esfuerzo considerable; claro que lo más visible son las carreteras, eso es lo más visible pero les llamaré la atención si les digo, aparte de que siempre tenemos frases de esas que impactan mucho políticamente: "hemos hecho un kilómetro de autovía por cada día



de gobierno incluidos los sábados, los domingos, las vacaciones de verano, ... por cada día de gobierno---, les resultará un poco más extraño pensar que las inversiones en telecomunicaciones han sido más importantes aunque un poco más tardías que las inversiones en carreteras. Por lo tanto hemos intentado ofrecer a nuestro país un esfuerzo de capital físico, de modernización de infraestructura que lo pusiera en condiciones de enfrentar los desafíos de la nueva revolución tecnológica, los desafíos de los nuevos procesos entre otros, para nosotros, el de integración europea como un proceso fundamental.

Liberalizamos nuestra economía, una paradoja, pero yo que he sido -si me lo permite Rudolph Sharping- siempre un socialdemócrata un poco heterodoxo, no creía en las nacionalizaciones, me parecían un gran error incluso un gran retraso. Por lo tanto no hicimos ninguna nacionalización en nuestro gobierno, pero era la primera vez que esto ocurría desde 1942. Ningún gobierno pudo substraerse ni en la dictadura, ni siquiera en la transición democrática, a hacer algunas nacionalizaciones. Debo decir que en la transición democrática eran nacionalizaciones de pérdidas, es decir, de fracasos empresariales en una situación social en que no se podía entender que desaparecieran determinadas actividades, pero, el nuestro fue el primer Gobierno que no hizo nacionalizaciones. Sí hizo algunas privatizaciones o bastantes, sin ideologizarlas pero hizo un proceso de privatizaciones importante.

Decía que heterodoxo por eso y por otras consideraciones. Por ejemplo, yo siempre he defendido el mercado lo cual me creó algún disgusto entre mis compañeros; lo defendí porque me parecía mucho más eficiente el mercado que cualquier sistema económico alternativo y lo defendiendo hoy, pero hoy me siento obligado a decir que no se puede adorar al becerro de oro del mercado como la solución de todos nuestros problemas porque tampoco es verdad, no es verdad que el mercado vaya a tener sensibilidad para responder -ni tiene porque tenerla- a algunas necesidades de capital humano, sea de educación, sea de sanidad, o sean de servicios públicos que generan derechos ciudadanos a los que los poderes públicos tienen que responder. Por tanto, defendí y defendiendo el mercado pero llamo la atención sobre la posibilidad de que nos empuje mucho en este fin de siglo o en este fin de milenio, una especie de sacralización del



mercado y una especie de ataque al poder político o a los poderes públicos como un mero estorbo para la consagración del mercado y para la solución de todos nuestros males.

Todavía con mis compañeros de ideas o de ideología, si prefieren esa discusión, sigue siendo difícil, pero ha guiado mi tarea política desde hace años y me da la impresión de que sigue siendo válido en este momento en que vivimos en una especie de etapa de frontera, de cambio en que lo que era ya no va a volver a ser y lo que va a ser en el futuro todavía es relativamente incierto. A esto dedicaré la última parte de mi reflexión.

Hemos creado una infraestructura; hemos hecho un esfuerzo de modernización de mi país que ahí está, que lo pone en condiciones de poder asumir desafíos mucho más importantes que los que antes existían y eso vale tanto para comunicaciones como para telecomunicaciones; vale tanto para las redes de distribución energéticas como para la canalización o la creación de embalses en un país que padece sequías frecuentes, frecuentes y muy duras hasta el punto de que yo tuve al Ministro, al último Ministro de Agricultura, ---que cuando discutíamos sobre la necesidad de mantener o no la Alianza Atlántica, ¡Dios, se discutió poquísimos!, desapareció el Pacto de Varsovia -perdón, es un paréntesis - y todo el mundo estaba convencido de que la Alianza se tenía que mantener a pesar de que había desaparecido el enemigo de referencia que era el Pacto de Varsovia y estaba inteligentemente pensado porque en Europa, todos estábamos convencidos de que lo peor que podría ocurrir sería la renacionalización de las políticas de defensa y esa convicción nos llevó a mantener sin casi discusión ese esquema de seguridad al que se refería antes Hans Dietrich--, pues ese Ministro de Agricultura cuando estábamos en esta discusión decía: "Si el único enemigo exterior que nos queda a los españoles es el anticiclón de las Azores". Bueno, es el enemigo para la lluvia y el amigo para el turismo y uno tiene que optar, nos da mucho sol y poca agua.

Sentar las bases del estado del bienestar fue el segundo objetivo, seré muy breve. Hicimos un gran esfuerzo, un esfuerzo por mejorar la salud, por mejorar el sistema educativo como capital humano y



por ser un poco más redistributivo desde el punto de vista de la renta y avanzamos en ese esfuerzo no sin costes, toda operación política tiene costes; pero debo decirles que en un país de 39 millones de personas más de 7 millones de personas entraron en el sistema de asistencia sanitaria pública. Como está de moda poner en crisis absolutamente todo lo público también quiero hacer una cierta defensa al hilo de la reflexión de este sistema. Este sistema cuesta 7% de producto bruto; atiende a todos los ciudadanos. Por fortuna, además, somos un país que está en cabeza de la comunidad internacional por ejemplo, en trasplantes de órganos, con un sistema sanitario que funciona -bien no se puede decir nunca- pero, con un cierto grado de satisfacción. Fíjense que en Estados Unidos cuesta 14% del producto bruto el sistema, no el sistema, la salud de los ciudadanos norteamericanos y hay 42 millones de excluidos en este momento que se incrementan a un ritmo de un millón por año; es decir, el sistema no aumenta su cobertura sino que aumenta el grado de exclusión. Teniendo en cuenta además que el Presidente de los Estados Unidos tiene capacidad para decidir enviar 800.000 hombres a la Guerra del Golfo que ya es una decisión importante de la que me siento, en parte colaborador, por lo tanto no le estoy criticando pero, teniendo en cuenta que el Presidente de los Estados Unidos no tiene capacidad para reformar la sanidad; puede mandar 800.000 hombres al Golfo pero tiene mucha más dificultad para hacer una reforma sanitaria lo cual pone de manifiesto cuales son las contradicciones del poder político hoy, en este final de siglo o en este, si quieren, desafío del próximo milenio.

Hicimos la operación en sanidad y en educación. Yo creo que los resultados son muy positivos. La educación ha cambiado sustancialmente en nuestro país, el problema de la formación y de la educación está muy ligado al problema del empleo; tenemos un 53% de universitarias, de mujeres en la universidad. Les quiero llamar la atención sobre el hecho de nuestro retraso relativo en términos históricos; la gente de mi generación y antes de mi generación en su 50% o no tenían certificado de estudios primarios o sólo tenían un certificado de estudios primarios lo cual quería decir que quien pasaba una situación de paro de larga duración, en ese tramo de edad, era prácticamente irrecuperable para cualquier reciclaje formativo. Por lo tanto, hemos hecho una reforma, nunca suficiente, pero importante del sistema educativo, hemos aumentado mucho



el esfuerzo en materia educativa y hemos transformado el panorama educativo de nuestro país.

Tenemos buenos índices ya en términos europeos y de OCDE en algunas de esas materias, por ejemplo en materia educativa estamos bien situados a nivel de los países desarrollados en la cobertura educativa desde los 4 a los 16 años y en edades superiores. El número de universitarios se ha más que multiplicado por dos y el de becarios es igual al final del período al número de universitarios que había cuando llegamos al Gobierno. Por tanto la transformación del sistema educativo ha sido muy importante y también la del sistema o la cobertura de las pensiones, sistemas que parecen consagrarse y asentarse para el futuro no sin dificultad. Hemos hecho la operación de descentralizar nuestro país políticamente, un país fuertemente centralizado que hace en términos históricos la operación de reconocer las diferencias -hablando en la terminología europea- entre las diferentes regiones, entre las 17 regiones que componen España que reconocen la pluralidad cultural y lingüística incluso la personalidad diferenciada en términos históricos. ?? ese proceso de descentralización que siempre entraña un cierto riesgo de centrifugación; descentralizar con la precaución o preocupación, como quieran, que todavía hoy supone un gran desafío, con la preocupación de que haya elementos de cohesión nacional suficientes para que la descentralización no se convierta en una centrifugación incontrolable.

Un proceso extraordinariamente positivo que acompaña al de la supranacionalidad. Quizás es la mejor definición de una cierta crisis del estado-nación tal como lo conocemos desde el siglo XIX, la crisis de la supranacionalidad y si me lo permiten aunque sea una licencia lingüística de la intranacionalidad; no específica de un país concreto pero España lo necesitaba incluso desde el punto de vista de las reivindicaciones históricas; proceso complejo que enriquece, que dinamiza, que es capaz de crear capacidad de competir en mayor medida pero que también entraña, como digo, algunos riesgos que sin duda tenemos que esforzarnos en conjurar controlable, no armonizable.

Finalmente algo en lo que me detendré un poco más: romper las barreras del aislamiento de España. Este aislamiento ha sido el fruto sin

duda de la Historia: la pérdida del Imperio Colonial, para España, supone una inmersión dentro de si misma, un enclaustramiento desde el siglo XIX incluso el año próximo o dentro de dos años se cumplirá el centenario de la pérdida de las últimas colonias: Cuba y Filipinas, ya saben que ahora Cuba está de nuevo de moda en nuestro país por otras razones, la pérdida de las últimas colonias supone un encerrarse dentro de las fronteras a pesar de que algunas minorías ilustradas decían desde hace muchísimo tiempo que Europa era la solución; algunos decían dramáticamente: "España es el problema, Europa la solución". Es decir que siempre tenían esas perspectivas de compartir el destino de Europa desde nuestro país.

Yo quiero que sepan con claridad los que esto no lo han vivido, que para nosotros que luchábamos como jóvenes contra la dictadura, Europa era una bandera sobre todo de libertad, sobre todo de democracia. No crean que en el año 70 nos preocupaban los problemas económicos o la homogeneidad, o la homologación desde el punto de vista económico; fundamentalmente para nosotros Europa, la Comunidad Europea, era un referente político. Pensábamos que el asentamiento de la democracia, la consolidación de la democracia en España sería mucho más fuerte, mucho más sólida, mucho menos reversible si compartíamos el destino de los países de la entonces Comunidad Europea hoy Unión Europea.

Por tanto, tienen que comprender que para mi generación, no digo para mi partido, no, para mi generación, Europa era un objetivo político. Fundamentalmente un objetivo de convivencia libre y pacífica en nuestro país. Ese es el gran impulso europeo. Claro que Europa no es sólo eso pero, créanlo, es fundamentalmente una garantía de paz y de libertad. Después nos llevamos la sorpresa de negociar durante años y no aparecía para nada ni el concepto de libertad ni el concepto de democracia; lo que aparecían eran naturalmente las importaciones y las exportaciones, los flujos de capital, la liberalización de los servicios, etc. etc. La negociación era fundamentalmente económica pero no nos sorprendimos por ello.

Yo debo confesar que soy poco fiable, soy un europeísta convencido no sólo porque crea que le conviene a mi país, no sólo porque crea que le conviene a España, sino porque estoy convencido que el destino



de Europa, el destino de Europa, si no es un destino unido tiene unos riesgos en este proceso de mundialización, de nuevo escenario para el siglo XXI, tiene unos riesgos incalculables. Estoy convencido de que los niveles de supranacionalidad estos que llamamos "cesión de soberanía" y que no es más que un esfuerzo de soberanía compartida no de "cesión de soberanía" a una especie de ente abstracto ajeno a nosotros, sino de compartir soberanía con otros países que ese proceso es un proceso que no sólo garantiza la paz, la seguridad en Europa sino que prepara Europa, la coloca en mucha mejor situación para la competitividad a nivel internacional en esta economía mundializada y la prepara también para ser un factor de equilibrio en un nuevo orden económico y político a nivel internacional . Soy europeísta convencido y he vivido con pasión la negociación para la integración de España y todo el proceso de construcción europea que, como saben ustedes bien, después de 30 años lentos se acelera en la mitad de los 80 con el "acta única,, en la búsqueda de un mercado interior sin fronteras que a la vez, genera la necesidad de una moneda única y a la vez esta necesidad plantea sin lugar a dudas, la necesidad de profundizar en la unión política europea. Han sido momentos apasionantes desde el punto de vista político y de desarrollo europeo pero el objetivo de 1985-1986 del mercado interior sin fronteras todavía no es un objetivo ligado al gran cambio que empieza a introducirse en las relaciones europeas y mundiales con la llegada de Gorbachov al poder en la Unión Soviética. Es anterior también al momento crítico de 1989; el impulso en la construcción europea es un impulso que viene de antes y que plantea nuevas necesidades a partir de 1989, ¿Cómo he entendido la defensa de los intereses de mi país, de los intereses nacionales de España? La he entendido siempre como una defensa que había que hacer en base a la participación activa en la construcción europea. Es decir, defendiendo los intereses de todos; no he vuelto nunca la espalda a ninguna discusión en el plano europeo de cualquiera de los desafíos que teníamos planteados sea el Acta única, sea el Tratado de Maastrich, o sea la preparación de la Conferencia Intergubernamental. Nunca me he sentido ajeno a lo que podía ser la caída del Muro de Berlín, la unidad alemana y la incardinación de ese proceso de unidad en la construcción europea y creo firmemente que la política exterior europea -y de eso Hans entiende mucho más que yo- empezará a ser una política exterior cuando el Mediterráneo no sea un problema más de España, por personalizarlo, más mío que del canciller Kohl. O el problema de la



República Checa no sea un problema más del canciller Kohl que de España o mía cuando ambos problemas, el del mediterráneo o del centro y el del este de Europa, sean compartidos como problemas de nuestra política exterior o en el caso del centro y del este de Europa como problemas de la ampliación de la Unión Europea con el mismo nivel de preocupación, en ese momento estaremos construyendo una política exterior europea, una política exterior para todos; si no, seguiremos condicionados por una historia de reparto de zonas de influencia aunque sólo fuera por proximidad geográfica o política.

Romper el aislamiento, para nosotros, era asumir nuestra condición ¿Qué condición? miren, en España en los momentos más tristes de nuestra historia cuando habíamos perdido el Imperio y todavía no éramos capaces de asimilar la pérdida del -imperio, que para nosotros fue muy traumático, nosotros cometimos muchos errores seguramente como colonizadores pero a veces se habla de una "leyenda negra" fundamentalmente injusta; el que no cometimos fue el de menospreciar a la gente con la que nos mezclamos. Todos los países con una herencia colonial española son mestizos o mulatos, todos. Por tanto, la liberación de esos países, la descolonización se planteó -espero que lo comprendan- como un problema de familia; eran los criollos, los hijos de los españoles los que se revelaron contra la metrópolis. Bueno, no superamos ese problema y en los momentos más tristes de nuestro aislamiento se hacía para compensar un cierto discurso imperial sacando pecho.

Pues bien, nosotros llegamos a comprender que España podía jugar un papel en Europa y en el mundo teniendo en cuenta que no éramos, no somos, ni tan pequeños como para que no se nos tenga en consideración ni tan grandes como para dar miedo o producir desconfianza; estábamos en un justo medio con algunos elementos importantes que teníamos que recuperar. Por ejemplo nuestros vínculos con América Latina, con ese continente con el que nos une muchísimos siglos de historia, una lengua y una cultura y nos pusimos en esa tarea de romper la barrera del aislamiento y desde que entramos en la Comunidad Europea, en la Unión Europea hoy, pusimos énfasis en la necesidad de que hubiera un vector de Europa suratlántico, no sólo noratlántico con Estados Unidos sino suratlántico con América Latina. La zona geográfica con Estados Unidos cultural, cultural e



históricamente más próxima a lo que representa la Unión Europea y así he llegado a tener la satisfacción de firmar hace un año, el primer acuerdo interregional de la Unión Europea; Unión Europea Mercosur, Mercosur que es el 70% de América Latina en territorio, en producto bruto, más de la mitad de la población, etc. Por tanto, rompimos la barrera del aislamiento recuperando ese lazo también recuperando una nueva dimensión de la política mediterránea hemos propuesto que haya una especie de Conferencia de Helsinki para el Mediterráneo salvando las distancias, y eso va caminando porque es verdad que el mediterráneo es un mar de civilizaciones pero no debería ser la línea divisoria de un nuevo o pretendido riesgo de enfrentamiento civilizatorio, debería ser el eje de conexión y de cooperación entre Europa y el norte de África y toda la vasija, todo el mar Mediterráneo.

Hemos cambiado nuestras relaciones con Estados Unidos. También puedo decir que tuve la oportunidad el año pasado de firmar la nueva relación transatlántica en el mes de diciembre, ya con el presidente Clinton, dando una nueva dimensión a la relación de la Unión Europea con Estados Unidos. Y hemos vivido una experiencia apasionante en política exterior en la construcción europea y en la apertura al mundo de España desde el establecimiento de relaciones con Israel hasta la celebración en Madrid hace 5 años de la Conferencia de Paz sobre Medio Oriente. Fue Madrid quien suscitó el consenso de aquellos países que llevaban, pues, 40 años luchando entre ellos, como sede de una conferencia -a mi juicio- extraordinariamente importante.

Pues bien, desde ese punto de vista quiero hacerles una reflexión final. Esto era lo que queríamos en el 82: modernizar, modernizar nuestra economía y nuestra infraestructura, queríamos sentar las bases de una sociedad más cohesionada, queríamos descentralizar nuestro país -y buena parte yo creo que se ha culminado esa obra-, queríamos romper las barreras del aislamiento, ser uno más y participar en la construcción europea. Pero yo no quiero quedarme en el discurso del 82. Estamos en una nueva realidad con un nuevo desafío. En el 96, 14 años después, yo no tengo la condición de Presidente del Gobierno sino la más cómoda condición de liderar la oposición y, desde ese papel quiero seguir haciendo un esfuerzo por mi país y por la construcción europea pero no voy a

cambiar; digo, no voy a cambiar ni de talante ni de actitud. El hecho de estar en el poder no me hace ser un optimista profesional y el hecho de estar en la oposición no me hace ser un pesimista profesional. Puedo decir con claridad que mi país va económicamente bien, que va a ganar el desafío de la Unión Monetaria, está en condiciones de hacerlo y lo va a ganar, por tanto sobre todo cuando estoy fuera de España puedo poner de manifiesto cosas que pueden unir al conjunto de los españoles sea esto o sea una política de seguridad común.

¿Qué me preocupa? Me preocupa que seamos capaces -ya no hablo sólo de España sino de España ligada a Europa-, de comprender este doble fenómeno que estamos viviendo en el final del siglo; el fenómeno de la regionalización interna en cada estado-nación, es decir, la descentralización y el fenómeno de la supranacionalidad, es decir, de la integración a nivel europeo. Y en este doble fenómeno hacia fuera de nuestras fronteras de estados nacionales y dentro de nuestra frontera definir el papel del estado-nación, me parece un elemento sustancial de seguridad de futuro no solo de cohesión interna de nuestros países sino también de articulación política europea e internacional. Digo definir como si no estuviera definido o no diera por supuesto que está definido. Pues bien, no lo doy por supuesto, no doy por supuesto que esté definido.

¿Qué era lo que hacía que un rey se sintiera soberano en su territorio? Pues que acuñaba moneda, tenía una bandera y tenía un ejército; o dicho en otros términos, con un Ministro de Hacienda, con un Ministro de Exteriores y con poco más se sentía -y con un Ministro de Defensa-, con eso se sentía soberano. Pues bien hoy vamos a tener una moneda común, no va a definir al estado nación: bienvenida sea. Hoy tenemos ya no lo queremos reconocer pero tenemos una defensa común, no digo que tengamos una política de defensa como se aspira en el Tratado de Maastricht, una política de defensa común en el horizonte pero nuestra defensa es común. ¿Quién duda que nuestra seguridad y nuestra paz depende del mantenimiento de unos nexos de seguridad transatlánticos y europeos? ¿Quién no puede temer, como decía antes, que la ruptura de esos nexos intraeuropeos e interatlánticos podría llevar a una peligrosísima renacionalización de las políticas de defensa? Alguno dirá: "¿Y cómo lo dice un español que no estuvo ni en la I ni en la II Guerra Mundial? Y yo



les contestaría: "Por eso, también por eso". No porque tuviera añoranza de que hubiera estado mi país en las dos guerras, no, sino porque la renacionalización de la política de defensa, en mi país, tendría efectos aún más perniciosos que en cualquier otro país como demuestra el siglo XIX y el siglo XX.

Por tanto compartimos nuestro esquema de seguridad, vamos a compartir la moneda pero no se preocupen nos vamos a quedar con nuestras instituciones y con nuestra bandera; nos vamos a quedar, esa es la pluralidad y la riqueza de Europa pero esto significa que tenemos que tener una concepción nueva del estado-nación, una concepción nueva de la subsidiaridad, de la capacidad de delegar determinadas funciones y una concepción de la cohesión dentro de cada estado-nación y en la propia construcción de Europa. Necesitamos estar unidos en el contexto en el que vivimos. Miren, los rasgos son muy conocidos pero no se ponen juntos: se cayó el Muro de Berlín, se acabó la bipolaridad. Es decir, se acabó el equilibrio del terror pero no se engañen, ese equilibrio del terror por el que no sentimos ninguna añoranza tenía una sola ventaja sobre la situación actual que era aprehensible; se conocía, se sabía cuáles eran sus reglas y también los límites y los riesgos; era predecible. Hay que articular un nuevo orden mundial para hacer predecible la nueva situación que está cargada de esperanza, superando aquel equilibrio del terror pero también cargada de incertidumbres. De incertidumbres económico-financieras y de incertidumbres políticas. Nadie duda que hay que reformar Naciones Unidas pero pocos se plantean que también hay que tener un mecanismo de prevención de crisis financieras graves. Acuérdense del 'tequilazo', y de respuestas rápidas a esas crisis financieras graves que a veces pagan durante una generación en un país y en países muy distantes a aquellos en que se produce.

Por tanto tenemos un fenómeno de liquidación de un orden viejo, bien liquidado esté, de emergencia de una nueva perspectiva de orden. El presidente Bush en algunas de nuestras reuniones decía: "Ahora recogeremos los dividendos de la paz". Visto lo que ha pasado en la antigua Yugoslavia y algunos de los conflictos que todavía vivimos hay que decir que los dividendos de la paz, por lo menos, vienen con retraso; que todavía no se perciben claramente. Pero en fin, con este cambio. Con un proceso de



mundialización rápida de la economía no nuevo; Colón mundializó una buena parte de la economía cuando descubrió América pero con un proceso rápido de mundialización y de revolución tecnológica se han abierto muchas interrogantes nuevas. Interrogantes que sin duda alguna es mejor afrontar Juntos que por separado. Hemos perdido la comodidad de los 30 gloriosos, no digo de los años 30, sino de los 30 años de posguerra con crecimiento sostenido, pleno empleo, política de bienestar asegurada, mayor capital humano, mejor sanidad, mejor sistema de pensiones, etc. Hemos perdido la comodidad de esos años y las fuerzas políticas que articulan la democracia europea incluso la construcción europea, no se han adaptado todavía a la nueva realidad o no nos hemos adaptado a la nueva realidad; seguimos -como se diría en España- con el "tram tram" de esos 30 gloriosos, que se han acabado. Y no digo que el futuro sea peor, no, no, no, todos los datos indican que puede ser mejor pero distinto y que algunos desafíos son complejísimos; algunos son muy llamativos. Por ejemplo, ahora sabemos que el mundo tiene capacidad de producción alimentaria para que desaparezca el hambre. No se trata de un problema de capacidad productiva hoy, se trata dramáticamente de un problema de distribución pero no de capacidad productiva.

Sabemos que la revolución tecnológica no la podemos perder porque perderíamos la batalla de la competitividad y que la nueva frontera del desarrollo va a pasar por, sitios por los que no pasó ni en el XIX ni en el siglo XX; por el sureste asiático, por América Latina y bienvenida sea esa nueva revolución tecnológica y esa mundialización que incluye a países que estaban, digamos, descartados o excluidos hace un siglo o hace 50 años. Bienvenida sea. Pero a nosotros nos plantea problemas y los problemas forman un triángulo si me lo permiten. Son: competitividad, empleo, sociedad del bienestar. Y tenemos que encontrar una respuesta a ese triángulo; sin competitividad quedaremos a medio plazo excluidos por tanto tenemos que ser capaces de competir pero la revolución tecnológica en el horizonte de lo que uno puede prever aumentará dramáticamente la productividad por cada persona ocupada por tanto será ahorradora de empleo; no será en el horizonte previsible, repito, generadora de empleo sino ahorradora de empleo. Si alguien cree que esa es una buena razón para darle la espalda a la revolución tecnológica y al desafío que produce, obvio resulta decir que quien le dé la espalda no sólo no generará empleo sino que



destruirá cualquier posible empleo de futuro.

Por eso no es posible separar competitividad de empleo y sea cual sea la reforma del estado del bienestar si la base de la pirámide no se sostiene con competitividad y empleo será difícil mantener el concepto mismo de sociedad del bienestar que a mi juicio es un concepto irrenunciable con la reformas necesarias. Habrá que reformar el Estado para hacer un Estado más ágil, más ágil, con menos grasa, menos intervención seguramente en actividades productivas, más dedicado a hacer su tarea como Estado, como Estado desde el punto de vista de su preocupación por el capital humano, de su preocupación por los elementos de cohesión interterritorial y por los elementos de cohesión social. Un Estado por tanto de una dimensión distinta lejos del Estado intervencionista o populista según los modelos anteriores pero un Estado capaz de preservar la autonomía del poder político frente a cualquier otro poder, incluso para defender el Mercado frente a lo que pueden ser concentraciones de poder oligopolísticas o monopolísticas; incluso para eso pero sobre todo para defender los derechos de los ciudadanos.

Estamos ante un futuro en el que cada país, el mío también, se pregunta cómo se va a insertar en la mundialización, cómo va a enfrentar y a ganar la revolución tecnológica. Nosotros queremos hacerlo, queremos ganar la revolución tecnológica, no queremos volver la espalda a la mundialización como hacen algunos responsables políticos temerosos de la deslocalización de inversiones y otros fenómenos; queremos hacerlo con una macroeconomía sana y con un proceso europeo de integración. El mundo no es ya bipolar, dicen que es multipolar pero tampoco es cierto. Es multipolar con un poder mayor que el del resto que es el poder de Estados Unidos, que es el poder del liderazgo de la última o de la única superpotencia que queda en el mundo; lo describo, no lo califico. No ha habido nunca una superpotencia que no haya ejercido; ni desde el Imperio Romano hasta nuestros días incluso remontándose hacia atrás, todas han ejercido, es inexorable. La inmensa ventaja de esa superpotencia que es Estados Unidos es que es una democracia y siendo una democracia y una democracia viva hay muchas compensaciones de poder. Por lo tanto tenemos una superpotencia, superpotencia que ejerce un cierto liderazgo internacional que algunos critican de forma un poco infantil, un poco



simple porque es verdad que las cosas son como son y que el aeropuerto de Sarajevo se estrenó con la presencia -reconstruido-, con la presencia de Warren Christopher siendo así que la Unión Europea había financiado el 90% de la reconstrucción del aeropuerto y Estados Unidos había participado en el 5% del esfuerzo complementario. Pero el hecho de que no estuviera, la Unión Europea, en la inauguración del aeropuerto no es un problema de Estados Unidos, es un problema nuestro, de Europa.

No se le puede reprochar a Warren Christopher que inaugure el aeropuerto, -¡bueno, si yo hubiera podido inaugurarlo lo hubiera inaugurado, como es natural!-. He puesto la anécdota para decirles que creo que la articulación internacional se va a ir produciendo sobre la base de las experiencias de regionalismos abiertos; es decir, de construcciones supranacionales de ámbitos regionales como la Unión Europea, el Mercosur emergente y otras experiencias regionales que van a suponer, si esto camina bien, unos nuevos equilibrios de poder internacionales. Y hablo de regionalismo abierto porque cualquier tentación de hacer un regionalismo cerrado dentro de una fortaleza volviendo la espalda a este inundo cada vez más interdependiente, no hará más que agudizar las contradicciones y las tensiones internacionales. Una última palabra por Europa. Yo creo en la ampliación de la Unión Europea pero no sólo como declaración de principio; ha pasado el tiempo en que hemos dicho a nuestros vecinos del centro y del este de Europa que es una obligación moral, que es una oportunidad política histórica, que es no sé cuántas cosas más. Los discursos de principio están todos hechos ahora lo que hay que decir es quiénes van a entrar, cuándo van a entrar y cómo van a entrar en la Unión Europea. Entonces sí que habremos avanzado en la respuesta a un desafío que me parece imprescindible, bueno para Europa; lo contrario es mantenerse en la inestabilidad y tener un ojo puesto en el siglo XXI y otro en el siglo XX y, créanme, el estrabismo no es bueno en política.

Gracias.